

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación127
Sandra Palestro Contreras

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....145
Márcia Cury

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal.
Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena
al socialismo” (1970-1973)..... 161
Franck Gaudichaud

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos179
Ximena de la Barra

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP.
Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina:
apuntes para su comprensión201
Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”
La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores221
Sandra Castillo Soto

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la
Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973241
María Olga Ruiz

El Grupo de Amigos Personales..... 263
Patricio Quiroga Z.

Luchas sociales y alianzas políticas.
Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular..... 283
Carlos Ruiz Encina

Diálogos de Fidel Castro y Regis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973). Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria. Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche? Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huircapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación

Sandra Palestro Contreras

En Chile, y en el mundo, poco a poco y muy lentamente, las mujeres fueron logrando su incorporación a espacios que les eran vedados, entre ellos la educación superior y el derecho al sufragio. Desde sus distintas posiciones contra la discriminación y por la emancipación, entre intensos quehaceres, las organizaciones de mujeres fueron confluyendo en el objetivo de obtener el derecho al voto. Tras casi treinta años de luchas y esfuerzos alcanzaron la unidad con este propósito en 1944 y en 1949 lograron los derechos políticos plenos.

En este lapso las mujeres crearon múltiples organizaciones autónomas, con diversas reivindicaciones específicas: un conjunto de ellas incluía demandas de emancipación que tendían a superar su condición subordinada en la sociedad, tales como igualdad entre hombres y mujeres, divorcio, aborto seguro, capacidad política y civil. Otro grupo de demandas se enfocaba en mejorar su situación de pobreza, condiciones laborales, elevar su nivel cultural, educación para niñas y niños, la carestía de la vida, entre otras. Además, en tiempos de convulsión nacional y mundial, la defensa del régimen democrático y la paz.

Historiadoras feministas coinciden en que una vez obtenido este objetivo:

se produjo una decadencia del movimiento feminista que lo mantuvo inerte por varias décadas. Influyeron, en parte, el conformismo que siguió a la obtención del derecho a voto, por haber centrado el esfuerzo durante muchas décadas en ese solo objetivo, también pesaron los conflictos internos de las principales instituciones que dejaron sin conducción al movimiento, la migración femenina hacia los partidos políticos y, finalmente, la falta de una propuesta globalizadora de emancipación integral de la mujer que se proyectara en el tiempo (Gaviola, 1986, p. 86).

Julietta Kirkwood llamó a esta etapa “silencio feminista”, refiriéndose al lapso en que las mujeres no asumieron un papel protagónico en su propia liberación: entre mediados de la década de 1950, 1960 y mitad de la de 1970.

El feminismo, en adelante, será una multitud en retirada que cambiará su propia fuerza en confesión de inmadurez, porque no quiso –no pudo- tener el valor de mirarle la cara a su realidad humana, a su *ser* producto humano, no idealizable. Con ello tiró por el sumidero presente y utopía, y comenzó la larga tarea de expiar la insolencia de declararse sujeto político, sin que importara bajo qué bandera al fin lo hiciera (1986, p. 154).

También plantea algunas hipótesis para explicar tal situación, que recaen principalmente en las mujeres: la negación de su propia condición de subordinada, dependiente y pasiva (siempre detrás en los anfiteatros, apoyando al compañero); la creencia de ciertas facultades femeninas “propias y distintas”, que no estarían desarrolladas aún; que están más expuestas al control hegemónico de la dominación, en fin, todo esto en virtud de la fuerte incidencia de su socialización tradicional.

Seguramente fue muy contradictorio que después de tantas décadas de luchas e importantes logros las mujeres dejaran sus propias demandas de emancipación. Más aún, en un contexto de auge del

movimiento popular, ampliación democrática e integración de sectores antes marginados, entre ellos pobladores, juventudes y campesinos. Pero si observamos el contexto, de posguerra y guerra fría entre los grandes bloques comunista y capitalista, el “silencio feminista” se produce cuando en esta confrontación los procesos revolucionarios celebraban triunfos y con creciente fuerza se expandía la teoría de la liberación global, a la que las mujeres debían sumarse en pos de la unidad del pueblo, pues sus reivindicaciones eran una contradicción secundaria respecto de la lucha de clases.

El triunfo de la Revolución Cubana y de allí toda la década de 1960 fue de procesos de cambio que impactaron en muchos sentidos y produjeron marcas ideológicas indelebles en la juventud, a la sazón, hijas e hijos de las flamantes ciudadanas que inauguraban su ingreso al Parlamento. En 1961, Fidel Castro proclamaba el carácter socialista de la Revolución Cubana, tras la derrota de la invasión en Playa Girón organizada por el Pentágono y la CIA.

La Guerra de Vietnam concitaba repudio en todas las latitudes y la solidaridad de una juventud henchida de idealismo; en 1964, Estados Unidos enviaba soldados y armamento de guerra, mientras el estudiantado universitario enviaba sangre y medicamentos para el Vietcong. El mayo del 68 en Francia inflamó a los estudiantes, la protesta iniciada en Nanterre por la segregación sexual en las residencias universitarias se expandió por todo el país, a la vez que sus consignas revolucionarias derivaban hacia el repudio a la Guerra de Vietnam y el imperialismo, contra el sistema capitalista y el orden del mundo. Más de nueve millones de trabajadores se unieron a los estudiantes, paralizaron Francia y al presidente De Gaulle no le quedó otro camino que convocar a elecciones anticipadas.

En Estados Unidos se producía la crisis de los misiles, los asesinatos de John Kennedy, Martin Luther King y Malcolm X. Surgía el movimiento hippie, con la propuesta de una vida en comunidades sin jerarquías, en armonía con la naturaleza, en paz y amor libre.

En América Latina, las guerrillas se desplegaban en gran parte del territorio, y la figura del Che alentaba la perspectiva del “hombre

nuevo”, hasta que su asesinato en 1967 lo convirtió en leyenda. En México, sucesivas intervenciones militares en las universidades habían creado un *ambiente de descontento y malestar entre la juventud* hasta que, en octubre de 1968, una masiva manifestación estudiantil fue ametrallada por fuerzas militares causando una cantidad indeterminada de muertos; la masacre de Tlatelolco enlutó a México y enardeció a las juventudes latinoamericanas.

En Chile de 1968, el estudiantado levantaba las demandas de universidad para todos, vinculación de la universidad con una sociedad en cambio, contra las inequidades existentes y una transformación en las relaciones sociales jerárquicas y autoritarias en todos los ámbitos.

En esta etapa, también se venían experimentando cambios que impactaron específicamente en la vida de las mujeres. Entre ellos, la política de planificación familiar que implementó el gobierno de Eduardo Frei Montalva desde 1967, que se tradujo en repartir masiva y gratuitamente la píldora anticonceptiva en consultorios, sin ninguna restricción. Su objetivo fue “reducir los riesgos asociados a la práctica del aborto inducido en condiciones inseguras”... pero su impacto fue mayor, cambió la estructura familiar, se amplió la percepción sobre sexualidad, la relación sexual se separó de la reproducción e impulsó a las mujeres a buscar mayores espacios de autonomía. La tasa de natalidad disminuyó de 5,0 en 1960-1965, a 4,1 en 1965-1970, y a 3,3 en 1970-1975 (CEPAL, 1986). Asimismo, influyeron las ideas de feministas estadounidenses sobre liberación de la mujer, quienes intentaban conciliar teóricamente feminismo y socialismo y defendían la complementariedad entre ellos: uno contra el patriarcado, sistema de dominación sexual, y otro contra el sistema capitalista o de clases.

En suma, la década de 1960 es de intensa movilización social y ascenso de los sectores populares: se masifican las tomas de terrenos, los obreros realizan huelgas ilegales, las y los estudiantes y docentes toman liceos y universidades, y en todas ellas las mujeres estuvieron codo a codo con sus pares varones, en algunas incluso con mayor protagonismo. Sin embargo, su ausencia en el relato histórico responde,

además de su posición subordinada en la sociedad, a que se incorporan a organizaciones mixtas como partidos políticos y sindicatos en los que sus propias demandas se subsumen en las reivindicaciones globales. Además, el lenguaje castellano construido sobre la base del genérico masculino, en el que supuestamente están incluidas, lo que hace es que queden ausentes en el imaginario social.

La organización y combatividad de los sectores populares se intensificó con el triunfo de la Unidad Popular (UP) el 4 de septiembre, que inauguraba la década de 1970 en Chile con la elección de Salvador Allende a la presidencia de la República, y un Programa de Gobierno que tendrá para el país y específicamente para las mujeres variadas y complejas repercusiones.

El discurso de la UP puso el acento en que solo “la acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrá romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación”; la “conformación de una nueva cultura que considerara el trabajo humano como el más alto valor”, y la participación en instancias de toma de decisiones como forma de ejercer poder.

La acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, a la que se le asignaba tan alta responsabilidad, fue el llamado a cerrar filas en torno a un proyecto global de emancipación del pueblo, proceso en curso al que las mujeres debían incorporarse postergando su propia liberación, ya que esta vendría de suyo con la liberación global.

El proceso revolucionario requería la unidad de todos los sectores, quienes debían participar desde sus propias instancias organizativas; sin embargo, el sentido común y las políticas estatales reproducían y fomentaban la posición de las mujeres en roles tradicionales de madre, esposa y dueña de casa, en un ámbito privado, doméstico, sin reconocimiento ni valor.

La institucionalidad estatal históricamente confirma la posición que se le asigna a las mujeres en la sociedad e incluso así la nombra. La Asociación de Dueñas de Casa, fue el organismo público creado a fines del gobierno de González Videla, y la Fundación Roper del

Pueblo durante el gobierno de Ibáñez del Campo, para canalizar los Comités de Dueñas de Casa como organizaciones propias de las mujeres de sectores populares. Luego, durante el gobierno de Frei Montalva se crearon los Centros de Madres, que proliferaron en las poblaciones urbanas periféricas y en las zonas rurales durante los años siguientes.

El programa de la UP, por su parte, propuso la creación del Ministerio de la Familia y Desarrollo Social para abordar todos los aspectos relativos a las mujeres. Sus objetivos fueron:

1. Procurar la integración y desarrollo del grupo familiar.
2. Promover la incorporación de la familia a las organizaciones sociales.
3. Procurar el desarrollo cultural y la recreación del grupo familiar.
4. Establecer las condiciones materiales necesarias para facilitar y perfeccionar la convivencia familiar.
5. Procurar la solución de los problemas relativos a menores en situación irregular, delincuencia, prostitución, alcoholismo, uso de drogas y vagancia.
6. Atender a los grupos familiares y personas que se encuentren en estado de indigencia (Rojas, 1994, p. 72).

Es decir, estaba naturalizada en la cultura la ausencia de la mujer como sujeto en sí misma, su existencia estaba connotada por ser dueña de casa, madre y esposa, y ahora se definía por la familia. Más de un 70% de las mujeres en edad de trabajar a cambio de un salario, eran dueñas de casa, realizaban sin remuneración labores domésticas de manutención del hogar, de crianza y de cuidados, y sobre ellas recaería, además, enfrentar como familia los múltiples problemas derivados de la desigualdad social.

Ahora, el proyecto gubernamental buscaría una transformación de la familia, a fin de hacer de esta una protagonista consciente en la

consolidación de la nueva sociedad, explicaba Carmen Gloria Aguayo, la futura ministra:

nuestra intención es la de cambiar el concepto tradicional de un núcleo cerrado en sí mismo, en el que cada uno lucha sólo por su gente, por su familia y nada más. Deseamos que ahora la familia esté abierta a la comunidad y que se incorpore de lleno, a las otras... romper el concepto machista...que la mujer llevaba y lleva aún, en muchos casos, todo el peso del hogar, un trabajo lógico de ella, pero sin ayuda alguna, tocándole, por ende, la parte más dura... (Rojas, 1994, p. 174).

La acción unitaria presentaba dificultades para las mujeres, puesto que hacía poco tiempo venían rompiendo el aislamiento en sus casas, a raíz de su participación en Centros de Madres, y mostraban poco interés por la política, aunque sí estaban inscritas en los registros electorales y contaban a la fecha con nueve diputadas y una senadora. Un 60,4% de las mujeres había votado por Salvador Allende y Radomiro Tomic, es decir, se manifestaron a favor de los cambios que con mayor o menor profundidad proponían esos candidatos, y un 38,4% lo había hecho por el candidato conservador. Los Centros de Madres, que fueron concebidos para proporcionar a las mujeres capacitación e instrumentos para aportar a la economía familiar, ya las habían vinculado entre sí; sus organizaciones con el tiempo se comenzaron a articular en Coordinaciones Comunales y Federaciones Provinciales de Centros de Madres, y con ello a compartir sus problemas cotidianos, pero sostenían una escasa conexión con otras organizaciones.

El trabajo humano como el más alto valor, al que se refiere el Programa de la UP es el trabajo productivo, aquel remunerado, realizado fuera del hogar y, por tanto, puso énfasis en la mujer trabajadora y en crear condiciones para la incorporación de más mujeres al ámbito laboral. En 1970, la participación femenina en la fuerza productiva era de 14,3% de las mujeres en edad de trabajar.

Con el fin de atender las necesidades de desarrollo propias de la edad preescolar y *para posibilitar la incorporación de la mujer al trabajo productivo*, se extenderá rápidamente el sistema de salas-cuna y jardines infantiles, otorgando prioridad a los sectores más necesitados de nuestra sociedad (Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular, 1969).

Consecuentemente, el equipo de mujeres de la UP que programaba la acción del futuro Ministerio de la Familia, definió que la función de este organismo sería dar a la mujer la posibilidad de integrarse al proceso productivo, al tiempo que desarrolle todas sus capacidades. Y ese fue el sello de la acción gubernamental para las mujeres:

Para emancipar verdaderamente a la mujer, deberá liberarla de los quehaceres domésticos, para lo que se crearán guarderías infantiles y lavanderías populares, se entregará capacitación profesional en cada Centro de Madres; se le dará un sistema previsional y el derecho de jubilar y al mismo tiempo, se impulsarán centros infantiles y juveniles en cada comuna (Rojas, 1994, p. 73).

Aunque el Ministerio de la Familia no llegó a concretarse, se creó la Secretaría Nacional de la Mujer en 1971, dirigida por la militante socialista Marta Melo, como organismo asesor del gobierno, que alcanzó a implementar algunas de estas medidas.

Además, entre los puntos básicos de la agenda social del gobierno se incluía la definición de una política de remuneraciones, que entre otras medidas consigna: “se eliminará toda discriminación entre el hombre y la mujer o por edad en materia de sueldos y salarios” (Programa de la Unidad Popular, 1969). Así también, se estimuló la sindicalización de las empleadas domésticas, que pasaron a llamarse Empleadas de Casa Particular, mediante un proyecto de ley presentado por la diputada socialista Carmen Lazo en 1970 que incluía: limitar el horario de trabajo a 8 horas, derecho al salario de un mes por año de servicio en caso de despido, y que los patrones deberán imponer al Servicio de Seguro Social un 2% de los salarios de las empleadas de casa particular, con el fin de construir escuelas hogares

de perfeccionamiento de profesiones propias del gremio, entre otras medidas.

En los sectores rurales se crearon asambleas de mujeres para impulsar los Centros de Reforma Agraria. Esta les ofrecía un atractivo modelo de familia moderna, sin embargo, su desarrollo reforzó un modelo de familia en el cual, para tener acceso a los beneficios de tierra y trabajo estable, una mujer debía tener una relación permanente con un hombre beneficiario, lo cual aumentó su dependencia. Las mujeres jóvenes y solteras tenían acceso a trabajo, pero temporal e insuficiente como para sostener a una familia. Sin embargo, las campesinas se beneficiaron del mejoramiento de salarios, salud, educación y vivienda que trajo la reforma.

la participación de los hombres en sindicatos y asentamientos los capacitó para responder al conflicto social a través de canales institucionales y políticos. Pero por el contrario, las mujeres estaban organizadas alrededor de identidades de “dueñas de casa” que las hacían más dispuestas a responder al conflicto social en términos de roles dentro de la familia: roles en que las obligaciones de los hombres hacia ellas, eran más decisivas que nunca (Tinsman, 2008, p. 65).

Así también, el programa de gobierno de la UP había contemplado mejorar la condición de las mujeres otorgándoles plena capacidad civil a las casadas; divorcio con disolución de vínculo que les diera garantías a ellas y a sus hijos, e igualdad jurídica para todos los hijos nacidos fuera o dentro del matrimonio. Además, el gobierno consideró dentro de sus primeras cuarenta medidas otorgar previsión para las dueñas de casa, desayuno a los alumnos de educación básica y almuerzo para aquellos niños cuyos padres no eran capaces de otorgárselo, medio litro de leche diario para todos los niños hasta los 15 años de edad y mujeres embarazadas y la implementación de consultorios materno-infantiles en cada población. Muchas de estas medidas no se alcanzaron a concretar.

La participación en instancias de toma de decisiones será efectiva por cuanto, “las organizaciones sindicales y sociales de los obreros,

empleados, campesinos, pobladores, *dueñas de casa*, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder” (Programa de la Unidad Popular, 1969).

Aunque en el Programa se señala una especificidad de las mujeres en cuanto “dueñas de casa”, en realidad su participación en el proceso que se vivía fue en todos los ámbitos: políticos, sociales, económicos y culturales. Las mujeres llevaban dos décadas como ciudadanas con derechos políticos plenos y habían cobrado importancia en tanto potencial 50% del electorado. Se habían incorporado a los partidos políticos y al Congreso Nacional. En los períodos parlamentarios 1969-1973 resultaron electas 9 diputadas (6,0%) y una senadora (2,0%); en 1971, Mireya Baltra, militante comunista, fue nombrada ministra del Trabajo. En el período 1973-1977 fueron elegidas 14 diputadas (9,3%) y una senadora (2,0%), quienes no pudieron cumplir su período a raíz del golpe cívico-militar.

Así también, se incorporaron a los sindicatos y se legisló para mejorar su situación laboral: ampliación del fuero maternal, extensión del permiso pre y posnatal de 45 a 90 días y la implementación de jardines infantiles.

En educación participaron como maestras, debido a la ampliación de la cobertura para educación básica y media. En 1960, la tasa de analfabetismo de mujeres era de 17,6%, en tanto en 1970 bajó a 11,8%. La matrícula en Educación básica en esta década es prácticamente igual en mujeres y hombres, en tanto en Educación media, la matrícula de mujeres supera en casi un punto porcentual a la de hombres. En cuanto a la educación universitaria, siendo un privilegio de la reducida élite socioeconómica, en 1960, la cobertura masculina era de 5,1% y la femenina de 2,9%, mientras en 1970 esta se amplió a 11,4% y 7,1% respectivamente, lo cual refleja la doble discriminación por género y clase. Las mujeres, eligieron las carreras de maestra, enfermera o asistente social y en el nivel de carreras técnicas optaron por costura, tejido, peluquería, secretariado; es decir,

aquellas vinculadas con el servicio a otros y otras, internalizado desde muy temprana edad.

En salud participaron en brigadas y comités paritarios, desplegando una activa participación en campañas sanitarias, de vacunación y del medio litro de leche para todas las niñas, niños y mujeres embarazadas. También, como usuarias de los programas de salud materno infantil, educación en puericultura y las campañas preventivas de cáncer cérvico uterino.

Las y los jóvenes, además de su militancia en partidos políticos, se integraban a clubes juveniles, culturales y deportivos que habían proliferado en los sectores populares. Las mujeres pobladoras se encontraban mayoritariamente en Comités de Vivienda, “tomas de terrenos”, Juntas de Vecinos, Centros de Padres y Apoderados, y masivamente en Centros de Madres. Estos llegaron a ser 20 mil durante el gobierno de la UP con cerca de un millón de afiliadas y pasaron a ser importante apoyo de políticas públicas. Así también recibieron capacitación por parte del Ministerio de Educación a través de escuelas impartidas por la Universidad Técnica del Estado (UTE) y cursos de verano, entre otros.

En momentos de desestabilización del gobierno por parte de la derecha golpista, que se concretaba con el desabastecimiento, acaparamiento y mercado ilegal, agudizada por el paro de los camioneros, las mujeres de la UP participaron activamente de las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), organizaciones de nivel vecinal encargadas de asegurar la distribución de artículos de consumo básicos y controlar a los comerciantes que lucraban con el desabastecimiento.

Para las mujeres en Chile, las dos décadas posteriores a la conquista de sus derechos políticos, y especialmente en los tres años de gobierno de la UP, fueron de masiva participación y grandes aprendizajes en el camino de su incorporación al mundo público, inmersas en un contexto nacional, continental y mundial que remecía los cimientos del orden establecido.

La emancipación de las mujeres implicaba un lento y sostenido proceso de ruptura de su dependencia y subordinación, de su confinamiento en un mundo privado, doméstico, al que no se le asignaba reconocimiento ni valor, aunque allí se realizara la función más importante de todo conglomerado humano: reproducir la vida.

La irrupción de las mujeres en el ámbito público, masculino, fue producto de su propio esfuerzo y voluntad, de la creación de organizaciones, difusión de sus ideas, de acciones persistentes y búsqueda de alianzas. El acceso a trabajos remunerados, a la educación superior, a salud con la especificidad que requiere, fueron logros de un movimiento en alza que culminaría con la obtención de los derechos políticos plenos. Es necesario relevar que en todas estas áreas mayoritariamente su inserción fue conservando los sellos de su socialización como madres y dueñas de casa: en el ámbito laboral se desempeñaron en servicios y cuidados de otras y otros; su acceso a la educación superior fue en carreras feminizadas y también se mantuvieron como profesionales en servicios secundarizados en el área de la salud. En todos ellos se enfrentaban a las dificultades producto de sus labores domésticas y a las promesas incumplidas en campañas políticas, “que mostraban que la tan mentada integración de las mujeres, no pasaba de ser un espejismo” (Gaviola, 1994, p. 27).

Las mujeres, aunque traspasaron la barrera entre los mundos público y privado, y asumieron el desafío de situarse en una nueva posición en la sociedad, como personas con identidad propia, no lograron cambios culturales en cuanto a la distribución de roles en el ámbito privado ni en el público, lo cual les significó una doble jornada de trabajo. El proceso desarrollado por las mujeres hacia la consecución de mejores condiciones de vida tuvo logros y aprendizajes para ellas, pero no fue recíproco por parte de los hombres para asumir roles en el ámbito doméstico.

En acuerdo con las historiadoras feministas, que señalan el período posterior a la consecución del derecho a voto como de decadencia de las organizaciones y reivindicaciones propias de mujeres, cabe hacerse la pregunta de si pudo haber sido de otra manera en el

contexto que se vivía o si la experiencia vivida en este nuevo contexto acaso no les reportó mayor conciencia.

Salvador Allende llamaba a las mujeres a integrarse al proceso revolucionario afirmando la importancia crucial de su participación:

Creo que la revolución sin la presencia de la mujer no puede ni afianzarse ni desarrollarse; por lo tanto, para nosotros, la presencia de la mujer es fundamental en el proceso que vive nuestro país. Además, en el régimen capitalista, sin discusión, la mujer está en condiciones de inferioridad frente al hombre, y se hace más evidente en los países como el nuestro (Modak, 2008, p. 250).

Durante el gobierno de la UP hubo muchas políticas destinadas a las mujeres que significaron mejorar su situación, pero los cambios sociales no van necesariamente acompañados de cambios culturales, más aún cuando están arraigados en el sentido común no solo de una sociedad particular sino en las estructuras de un sistema patriarcal, androcéntrico, que se basa en la subordinación de las mujeres y de un sistema capitalista que requiere la explotación de su trabajo no remunerado.

Sin duda las transformaciones sociales que traería la revolución requerían de la participación de las mujeres, y a ella se entregaron con pasión, pero también requería de una nueva mentalidad en los hombres y en toda la sociedad, de manera que se internalizaran en la práctica cultural otros relacionamientos humanos, no opresivos ni de dominación, que supuestamente constituían la base de la liberación global. En palabras del presidente Allende:

La irresponsabilidad del hombre que engendra un hijo en nuestros países marca también lo que es una moral injusta. Por ello, para nosotros, preocuparnos de la mujer es preocuparnos de un factor esencial, y la mujer en un proceso revolucionario es la que más tiene que ganar. Si hay alguna cosa que nos interesa, es precisamente enseñarles a los hombres de nuestra patria el respeto que le deben a su mujer, a las mujeres; y bastaría que pensarán en sus madres para que lo tuvieran (Modak, 2008, p. 250).

En tanto, Carmen Gloria Aguayo, quien se encargaría de dirigir el Ministerio de la Familia, se refería a que el carácter “machista” de esta era un factor de retraso en su interior:

El hombre tendrá que entender que cooperar en el hogar no significa simplemente dar la plata para la comida. ...aunque no soy feminista lucharé por este cambio de mentalidad machista al interior del Ministerio de la Familia... Me niego a aceptar que el hombre es así como una cosa natural y fatal. No existen roles fijos sino que han sido impuestos por la sociedad (Rojas, 1994, p. 74).

Por primera vez durante el gobierno se escuchaba un planteamiento en el sentido de transformar la familia patriarcal en una más democrática y la necesidad de desnaturalizar los roles culturalmente asignados a hombres y mujeres.

Por tanto, el silencio feminista, que efectivamente fue respecto de sus propias reivindicaciones, no significó pasividad en las mujeres, sino su incursión en todos los frentes del cambio social que se venía como aluvión. Tampoco significó que en esos años no hubiera desarrollo personal e importantes logros y aprendizajes colectivos. Los Centros de Madres fueron el movimiento social más masivo que ha habido en Chile, mayoritariamente integrados por mujeres de sectores populares, que encontraron en ellos un lugar de expresión, contención y esparcimiento. Estos Centros tuvieron la virtud de sacar a las mujeres del aislamiento en sus hogares y desarrollar su espíritu asociativo, contribuyeron a colectivizar los problemas más apremiantes de las mujeres y a tomar conciencia sobre sus propios intereses y anhelos. Así también, la participación en diversas organizaciones sociales territoriales mixtas les proporcionó una vasta experiencia organizativa y la retroalimentación de problemas comunes, que se desplegó tempranamente en las primeras organizaciones contra la dictadura, entre ellas las prácticas de sobrevivencia económica y el surgimiento de grupos de defensa de los derechos humanos, en las que participaron mayoritariamente.

Finalmente, es necesario profundizar la reflexión sobre “la integración de las mujeres a la sociedad” que se repite constantemente y se internaliza con total naturalidad.

El relato histórico oficial ha consignado que, en el siglo XX, *la incorporación de la mujer a la sociedad* se vio favorecida por una serie de procesos sociales (cambios demográficos y disminución de tasas de natalidad, incorporación al mercado laboral, avance en niveles educacionales, participación política).

Esta afirmación contiene una negación de las mujeres en la sociedad, como si no fueran parte consustancial de ella siempre; si se integraron a la sociedad en el siglo XX, ¿dónde estaban antes? También, se está homologando sociedad con mundo público, dominado por hombres, lo que significa que la incorporación de las mujeres a ese ámbito decreta su existencia como tales, antes eran madres, esposas, dueñas de casa. Por otra parte, las razones de dicha “incorporación”, que les niega historicidad, como si todo les sucediera pasivamente, omitiendo su tenaz agencia y los obstáculos que tuvieron que enfrentar para derribar las barreras impuestas (Palestro, 2016, p. 21).

La osadía de las mujeres de traspasar la frontera de lo privado a lo público fue el acontecimiento de mayor impacto en las sociedades modernas; baste mencionar la democratización de sus estructuras sociales y políticas y la ampliación del conocimiento hacia un ámbito cotidiano que permanecía invisible, entre otras. Requirió de ellas mucho coraje para ocupar lugares que les eran ajenos, vedados, y lo siguen haciendo, en continuidad de su historia de liberación en un mundo compartido, atesorando la experiencia vivida en aquellos luminosos tres años de gobierno del presidente Salvador Allende.

Referencias

Gaviola, E., X. Jiles, L. Lopresti y C. Rojas. (1986). Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del Movimiento Femenino Chileno 1913-1952. Coedición del Centro de análisis y difusión de la condición de la mujer, “La Morada”, Fempress, Ilet, Isis, Librería Lila, Pemci, Centro de Estudios de la Mujer. Santiago, Chile.

Gaviola, E., E. Largo y S. Palestro. (1994). *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Santiago, Chile: edición propia.

Kirkwood, J. (1986). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago: FLACSO.

Modak, F. (coord.). (2008). La revolución necesita la presencia de la mujer. Conferencia de prensa en la sede de la ONU, 4 de diciembre de 1972, fragmentos. En S. Allende. *Pensamiento y acción*.

Palestro, S. (2016). Androcentrismo en los textos escolares, en *Educación No Sexista. Hacia una Real Transformación. Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres*.

Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. Candidatura Presidencial de Salvador Allende. (1969). Disponible en Internet.

Rojas Mira, C. (1994). “Poder, mujeres y cambio en Chile (1964-1973): un capítulo de nuestra historia”. Tesis para optar al grado de Maestría en Historia, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Iztapalapa), División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Historia, México D.F.

Tinsman, H. (2008). La tierra para el que la trabaja: política y género en la reforma agraria chilena. *Revista Perspectivas*, 19.